

n.º 8
ALOCUCION DE PAZ

Y

CONFRATERNIDAD,

DIRIJIDA AL PUEBLO ORIENTAL,

POR EL PRECEPTOR DON JUAN MANUEL BONIFAZ,

CON MOTIVO DEL ABRAZO DE FUSION INFANTIL,

IDEADO POR DICHO SEÑOR, Y QUE DEBIÓ TENER LUGAR

EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCION DE MONTEVIDEO,

EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD

DEL DIA 4 DE OCTUBRE

DE 1858.



IMP. DEL "LICEO."

27.8 /

ALOCUCION DE PAZ

Y

CONFRATERNIDAD,

DIRIJIDA AL PUEBLO ORIENTAL,

POR EL PRECEPTOR DON JUAN MANUEL BONIFAZ,


CON MOTIVO DEL ABRAZO DE FUSION INFANTIL,

IDEADO POR DICHO SEÑOR, Y QUE DEBIÓ TENER LUGAR EN
LA PLAZA DE LA CONSTITUCION DE MONTEVIDEO,

EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD

DEL DIA 4 DE OCTUBRE

DE 1858.

B. 354


81.126



IMP. DEL "LICEO."

CIUDADANOS:

¡ Yo no sé que influencia poderosa parece que me inspira en este instante ! Creo oír al Génio benéfico de la Pátria, que me dicta las santas verdades que voi á revelar. Oídme con atencion, Orientales; oídme.—La República del Uruguay vivia en un tiempo, libre, feliz, é independiente. La paz, y con ella la prosperidad y la abundancia, reinaban en todo el vasto suelo de este bendecido país. Un inmenso manantial de ópimos frutos, eran nuestros estensos campos, los que convidaban al extranjero á venir de todas partes á buscar en ellos el trabajo y la riqueza. Y los extranjeros acudian presurosos; y, acudiendo, fomentaban con su misma prosperidad la prosperidad de las tierras, que sus manos laboriosas cultivaban.—En medio de los pingües y abundantes pastos de nuestra dilatada campaña, crecian numerosísimos ganados, que daban un valor extraordinario á nuestra República naciente. El comercio estendia sus ligeras alas por doquiera, derramando por doquiera la abundancia; y, á su vista, la miseria parecia haber huido para siempre de nuestras poblaciones.—Los pueblos y ciudades ensanchaban de dia en dia sus estrechos límites. Entónces el poderoso brazo de la industria, arrancó desde el cimiento los soberbios muros de la ciudad heroica, que la oprimian en estrecho círculo. Montevideo enter-

ces, henchida de valor y de esperanza, parecia caminar con paso majestuoso á plantar sus murallas de granito mas allá del baluarte inespugnable, que corona el Cerro. ¡Oh tiempos felices aquellos, en que los valientes orientales vivian todos unidos con el estrecho lazo de la amistad y la concordia, á la sombra bienhechora del glorioso estandarte nacional! ¡Oh dias venturosos, que debiérais lucir eternamente!

Pero el génio del mal lanzó en el corazon de los patriotas el soplo infecto de la discordia fraticida; ¡y la guerra estalló! . . . Oyóse por los montes y los valles el fatal sonido del clarin guerrero, concitando á los pueblos al combate: oyóse el estampido del cañon, y el horrisono estridor de las espadas, ¡y un solo inmenso campo de batalla fué toda la estension de la República! . . . El corazon se oprime, al recordar el lamentable cuadro que entónces se ofrecia á nuestros ojos. Las hermosas campiñas, cubiertas antes de rozagantes flores y doradas espigas, se vieron salpicadas con la sangre que brotó á torrentes de valerosos pechos orientales. Allí moria el hijo junto al padre: allí exhalaba su postrer aliento el hermano abrazándose al hermano, despues de haber peleado en cruda lid por partidos contrarios. ¡Oh cuantos patriotas esforzados perecieron entónces al filo del cuchillo y de la espada! ¡Cuantos preciosos jóvenes, que hoí serían la gloria de la pátria! . . . Y esos eran vuestros queridos hijos, venerables matronas orientales; pedazos de vuestras

maternales entrañas; nutridos en vuestro seno, y educados por vosotras con innumerables fatigas durante largos y pesados años. Ellos crecían para ser en un tiempo el báculo de vuestra vejez. Pero ¡ah, desconsoladas madres! al llegar el momento deseado de ver colmadas vuestras halagüeñas esperanzas, la guerra fratricida los arrancó de vuestros brazos; y arrastrándolos al campo de batalla, les dió muerte cruel ¡y las aves carnívoras devoraron sus miembros palpitantes!!!. . . . ¡Oh, recuerdo espantoso! huye; no vuelvas á congojar el alma de madres aflijidas, que amargamente lloraron su desgracia. Huye tú también; guerra fratricida, para siempre jamás de nuestro suelo. . . .

¡No vuestros ojos solos, desconsoladas madres, vertieron llanto amargo y doloroso! Lloraron las esposas en soledad acerba la pérdida de sus amados consortes: lloraron los huérfanos la muerte de sus queridos padres: lloraron los hacendados la ruina de sus casas, y la pérdida íngente de sus numerosos ganados, que, al hórrido estruendo del cañon, huyeron espantados á los montes, ó fueron destruidos por los contrarios bandos: lloraban las infelices familias, que atravesando rios, y pasando montañas, fijaron su morada en las espesas selvas donde habitaban los feroces tigres: lloraban los orientales espatriados, al lúgubre recuerdo de su adorada pátria: lloraba la campaña entera la ausencia de sus laboriosos habitantes: lloraban los pueblos y ciudades la soledad de sus calles y sus casas, y los escombros

de sus edificios; y aquí Montevideo, la valiente, la heróica, jemía aprisionada entre murallas, que alegre levantára el monstruo horrendo de la fatal discordia: lloraban los templos del Señor; y el eco doloroso de su gemido santo, resonaba lastimero en los corazones de los patriotas virtuosos: lloraban los ministros del Altísimo, dando grato consuelo á los heridos, que yacian postrados en el lecho del dolor, y exhalando hasta los cielos sus ayes lamentables. Y ¿quien no lloraría en aquel tiempo, al aspecto tremendo del pueblo oriental tan aflijido? Hasta la Pátria amada lloró los males todos de sus queridos hijos. Y sus hijos queridos ¿querrán verla llorar tercera vez, despues que el Dios piadoso quiso enjugar su llanto con bendecida paz? ¿Querrán verla gemir, cuando en el alto cielo ya luce el sol de Octubre refulgente, anunciando ventura? No, bravos orientales, y mil veces no. . . . Echad los ojos sobrè este estrecho cuadro, en el que con breves rasgos quiero pintaros los males espantosos, que sufren en la guerra las naciones; aquí los teneis: la virtud perseguida; los vicios ensalzados; el pudor hollado por los suelos; el homicidio tolerado; el robo consentido; la crueldad premiada como valor heróico; ¡hambre, miseria, llantos, desolación, horror y muerte! . . . Mirad por el contrario el cuadro alegre de bendecida paz; aquí lo teneis tambien: aumento de poblacion; seguridad individual; trabajo productivo; próspera agricultura; comercio, industria y artes florecientes; valor creciente de la fuerza

física, moral é intelectual; ¡abundancia, riqueza, alegría, felicidad! Elejid ahora entre la hermosa paz y la espantosa guerra. Ah! ya veo en vuestros conmovidos semblantes, que preferis la paz á la fatal discordia. Sí, bravos compatriotas: unidos todos bajo la grata sombra de la gloriosa bandera nacional, esclamad ante el sol de la concordia—¡VIVA LA PATRIA! Deponed ante las aras de esta pátria los antiguos rencores de partido. Discutid en la tribuna y en la prensa vuestras disidencias civiles; pero jamás empuñeis el vil acero para destrozár el corazon de vuestra amada pátria. Huya para siempre jamás de vuestro suelo la discordia fraticida; y haced conocer al mundo entero, que, si fuís- teis heróicos en la guerra, tambien sois heróicos en la paz. Amad esa paz hermosa, como ama el náu- frago la tabla de su salvacion. Paz entre vosotros mismos; paz con las ilustradas Naciones Europeas; paz con vuestras hermanas las Repúblicas de América; paz con el grande Imperio del Brasil; paz con el mundo entero: el cielo, el sol de Octubre, vuestro engrandecimiento y la pátria misma lo demandan. Vedla ahí, valerosos orientales, simbolizada en esa colosal y bella estatua, ostentando en una mano los gloriosos laureles, que supo conquistar con el valor y el heroismo de sus hijos, y sosteniendo con la otra el código fundamental de vuestras leyes. ¡Querreis, despues de celebrar sus glorias, que la anarquía le arranque de su mano esos verdes lau- reles, y los marchite, empapándolos en vuestra pro-

pia sangra? ¿Querreis que el voraz incendio de la guerra reduzca á cenizas vuestro código, y derrumbe de lo alto de esas encumbradas torres las cruces santas que coronan el templo del Señor? No; decid mil veces que no con ánimo esforzado y decidido. No mas odios; no mas rencores, jenerosos orientales. Evitad que el impetuoso torrente de ofensas y venganzas, de venganzas y ofensas, forme en vuestro suelo un círculo vicioso, un vórtice espantable de discordia, en el que, envuelto el pueblo oriental, halle su ruina. Olvidad para siempre jamás vuestros agravios: son agravios de padres y de hijos: son agravios de hermanos y de hermanos; y mas grande será entre los patriotas, quien, mas agraviado, mas olvide.

Y vosotros, jóvenes amables, en cuyos tiernos corazones existe puro y sin mancha el amor naciente de la madre Pátria, empezad los primeros á manifestar con un tierno y amoroso abrazo la paz y confraternidad, que deseamos para todos los valientes orientales. ¡Abrazaos; abrazaos, hijos míos, como hermanos!!!

Ese esplendente sol de Octubre que os ilumina, incendie vuestros corazones con el amor sacrosanto de la Pátria.

24

84

24

108

6

648

108

6

Madra 8648

Mubajo 2